

SOBRE HISTORIA Y FILOSOFIA DE LA FOTOGRAFIA

Por Domingo Batista

“El ojo humano ve, el dedo se mueve, el ojo del obturador parpadea tras la fría lente y un estallido de luz impresiona la película. Ya pasó el momento. Pero en la memoria química de la película yace ahora cautivo el recuerdo de ese instante, fragmento de tiempo en espera de verse resucitado a una existencia bidimensional en un pedazo de papel o de película, como frágil prueba de algo que ha ocurrido o de alguien que fue o estuvo. Ciertamente a eso se circunscribe casi toda la fotografía: a una cadena de simples fenómenos físicos forjada por un deseo cerebro-espiritual de eternizar el presente. Pero aparte de lo simple del procedimiento, la imagen fijada por el hombre y su cámara late con significado e inmortalidad propios.” Cito esto que dijo la Revista “LIFE” hace ya algunos años porque considero que contiene mucho de lo que pretendo comunicar en este trabajo. Pero empecemos por el principio. Fotografía significa “escritura con luz”. ¿Cuándo nació la fotografía? tratemos de contestar esta pregunta con otras preguntas y algunas consideraciones:

¿Nació la fotografía el día en que el sol, al principio de todo, imprimió por primera vez imágenes de la naturaleza en superficies sensibles?

¿Nació cuando Aristóteles, cuatro siglos antes de Cristo, observó el fenómeno que más tarde se conoció como “cámara oscura”?

¿Nació cuando este fenómeno fue observado por el hombre primitivo en las oscuras cuevas donde vivía?

¿Nació la fotografía cuando, en aquella tumba de Jerusalén, las radiaciones luminosas emitidas por el cuerpo de Jesús imprimieron los caracteres que aparecen hoy en la mortaja conocida como Santo Sudario?

O simplemente, ¿nació cuando el francés Joseph Nicéphore Niepce, en una clara mañana de 1826 tomó la primera fotografía?

desde la ventana de su desván hace unos 156 años?

Cito la poética versión de Pedro Mir cuando nos habla del nacimiento de la fotografía: “La luz viene rodando por la superficie del planeta. Viene de lejos. Viene de la inmensidad infinita. Viene rodando hace un tiempo inmemorial. El tiempo inconmesurable de los años luz. Largo vagabundeo a través del espacio y del tiempo. Es blanca. Vale decir, es roja, azul, amarilla. Es malva y aceitunada. Y, decididamente también, en un momento de parpadeo es tan negra como blanca. Es polarización y contraste.

De pronto se detiene. Se posa. Descansa y, bruscamente, da origen a una existencia objetiva: a un caracol, a un ala de golondrina, a una copa de vino, a un panal de miel. ¡Oh, la luz que hace nacer las cosas! ¡Oh la luz que da a luz!”

Desde sus orígenes, la fotografía ha sido impactante, comunicativa, vigorosa y tremendamente real, aun en sus manifestaciones abstractas. “A partir de hoy” -dijo horrorizado el pintor parisiense Paul Delaroche en 1838 al ver un daguerrotipo— “la pintura ha muerto”. Demasiados fotógrafos lo tomaron en serio. Durante la mayor parte del siglo XIX, varios de ellos se dedicaron (y generalmente fracasaron) a tratar de superar el pincel con enfermizas “ilustraciones” escenificadas o alterando las copias en el cuarto oscuro para que no pareciesen fotografías. A veces, sin embargo, el buen gusto y la habilidad producían verdaderas obras maestras; pero se olvidaban que, cuando triunfaban, lo hacían como fotógrafos. Pocas personas percibieron el comienzo de la fotografía moderna, a pesar de que suponía un cambio radical hacia el realismo y la expresión individual, en una amplia temática. Al norteamericano Alfred Stieglitz le correspondió el honor de aunar la visión y energía de un publicista a fin de que otros vieran lo que él había visto. Su tesis principal la de que todo tiene un cierto valor pictórico — escindió de un tajo el ambiente artístico de los años 90 y, con la ayuda de sus estupendas imágenes, sentó las bases para la fotografía moderna.

La fotografía alcanzó una tremenda difusión en los primeros veinte años que siguieron a su nacimiento y produjo entre otros fenómenos unos extraños híbridos, los fotógrafos-pintores, que recorrían el mundo asombrado con su invento. Y es así como en 1851 la fotografía llegó a Santo Domingo. La trajeron estos fotógrafos viajeros que causaron aquí la admiración que en otros

países y provocaron que algunos nacionales abrieran locales para dedicarse al nuevo arte como negocio. El primer dominicano que montó un establecimiento del tipo antes mencionado fue el trinitario Epifanio Billini por el año 1854. El era también pintor y había aprendido fotografía en Filadelfia. Un extranjero de apellido Hatman hizo daguerrotipos—de Santana, Báez y Monseñor Portes. También Francisco Correa y Narciso Arteaga se incorporaron al negocio y llamaron sus establecimientos “Galerías Fotográficas”, las cuales anunciaban en la capital, donde se encontraban, y a través de la prensa que circulaba irregularmente en las provincias.

En la calle Mercedes abrió su “Galería Fotográfica” en 1884, Gordiglia, maestro, junto al holandés Naar y a Abelardo Rodríguez Urdaneta. Rodríguez Urdaneta, el destacado pintor y escultor, y Julio Pou fueron los fotógrafos dominicanos más famosos al final del siglo XIX y principios del XX. A medida que los años pasaban más personas ejercían la profesión de fotógrafos; entre ellos debemos mencionar a Francisco Palau, J.R. Fiallo, Julio Aybar, Manuel María Morillo, R. Villalba, Plinio y Andrés Cordero, Barón Castillo, los Senior, Atilano Sánchez, Palomba Bienvenido Gimbernard, Mañón y Tuto Báez. Abelardo Rodríguez, el fotógrafo de más clientela de aquel final de siglo, no se conformaba con “retratar” a sus clientes como se presentaban en su estudio, sino que en anuncios por la prensa daba indicaciones para un mayor éxito en la hechura de los retratos. Aconsejaba a las damas de esta manera:

“No ha de lavarse el pelo para ir a retratarse pues esto quita a los rizos sus artísticas ondulaciones.

... no es de ordenanza el traje negro. Con cualquier traje, en siendo de confección sencilla, se obtendrá un retrato artístico.

... las telas de pintas extravagantes son de muy mal gusto para retratos.

... sed moderadas al haceros el tocado, de suerte que no os presentéis muy llenas de polvos, que antes de favorecer perjudican el trabajo.”

Abelardo Rodríguez Urdaneta publicó este anuncio en el Listín Diario del 20 de febrero de 1902 y continuaba así para los caballeros:

“... y ahora oigan los del sexo feo:

... para retratarse es detestable el "grano de pólvora": esta tela es muy brillante y produce arrugas.

... una excesiva cantidad de grasa en el pelo da a este un golpe de luz muy fuerte.

... el bigote que trata de mirar al suelo necesita que venga en su socorro el cosmético.

... para los retratos de frac, que requieren mayor cuidado, es imprescindible hacer planchar convenientemente esta pieza.

... no se prive usted de su corbata blanca si la acostumbra a llevar, ella produce siempre buen efecto.

... venga usted bien afeitado. De lo contrario hará retocar demasiado, y esto le quita al retrato la belleza de sus medias tintas.

... no se retrate usted al siguiente día de una parranda porque...

... no hay necesidad de esperar un día de sol fuerte, como dicen, para retratarse. Aunque esté nublado, se obtendrá una excelente fotografía."

Y al final del anuncio, Abelardo cambia su actitud de consejo y advierte de forma drástica:

"No se entregará ningún trabajo sin que antes se haya hecho efectivo su importe. Esto no tiene excepciones."

Parece que el anuncio no dio los resultados esperados porque al siguiente año, en el Listín Diario del 5 de agosto de 1903, publica otro anuncio que dice:

"Abelardo no puede más.

Abelardo se ha cansado; ama mucho el arte, pero no puede, por amor a él, soportar que se lleven el sudor de su frente sin pagarle. Son muchos los abusos, mucha la gente que olvida cuál es la primera obligación de un deudor. En consecuencia, ha resuelto que nadie, absolutamente nadie, se lleve del taller trabajo alguno sin satisfacer previamente su importe y que nadie, absolutamente nadie, se crea exceptuado de esta disposición."

Esto indica que los tiempos no han cambiado mucho porque

tenemos amigos fotógrafos profesionales que están al grito con los morosos.

Pasó el tiempo, vino la dictadura de Trujillo que ahogó —naturalmente— la libertad de expresión, y por ende empobreció la fuerza expresiva del arte dominicano, lo obligó muchas veces a ser complaciente con su régimen. El artista crece y proyecta su arte con la fuerza que la competencia con otros y las exigencias del medio ambiente le planteen.

Ya en nuestro tiempos, específicamente en el año 1968, aquí en Santiago de los Caballeros, a iniciativa del santiaguero Julio González, nació el grupo fotográfico Jueves 68, compuesto por los fotógrafos Cucho Borrel, Wilfredo García, Chaguito Morel, Víctor Martínez y Pierino Riggio, entre otros. Su membresía era un hobby para la mayoría. A principios de 1969 ingresamos a Jueves 68 algunos fotógrafos, o simplemente aprendices, que trajimos al grupo nuevo impulso, al mismo tiempo que dábamos los primeros pasos hacia una fotografía seria y definidamente dominicana.

El grupo Jueves 68, desde su fundación, influyó notablemente el ambiente de la plástica nacional que por esos días daba signos de revitalización en otras disciplinas artísticas. Recordamos por ejemplo, aquí en Santiago, al grupo pictórico “Friordano” y a otros grupos culturales. Jueves 68 logró esta influencia realizando constantemente exposiciones, proyecciones, organizando concursos y publicando sus trabajos en la prensa. Poco a poco comenzaron a aparecer nuevos valores de la fotografía dominicana que le imprimieron diversidad y una valorización diferente al arte fotográfico. La competencia artística produjo entonces sus positivos frutos de calidad en el contenido y presentación de las obras fotográficas. La crítica comenzó a tomarnos en serio.

Transcurrió otro período de tiempo, y a mediados de la década del '70, ya la fotografía dominicana había trazado el camino y se enrumbaba, preocupada, por nuevos senderos de búsqueda. El Grupo se estremeció intensamente por estas inquietudes y en el año 1977 surgió una división en su seno y nació una nueva agrupación llamada Fotogrupo, liderada por un ex-miembro de Jueves 68, trayendo, como habíamos previsto algunos, un más rápido y firme avance en la calidad de la fotografía dominicana.

Hoy en día el vigoroso movimiento fotográfico dominicano, que ya ha obtenido muchos éxitos internacionales, comparte con las otras

artes plásticas un presente luminoso que promete un futuro inmediato lleno de mejores obras artísticas y de más triunfos de resonancia internacional.

Ahora bien, todo esto ha ocurrido por esa fuerza interior que lleva a los artistas a buscar y crear. Las motivaciones han sido de diversa índole, pero han sido fuertes y han estado constantemente presentes. Nos llegaron de muchos puntos del globo, de muchos fotógrafos pensadores que por suerte para nosotros encontraron la manera de explicar lo que los impulsó, e impulsa, a creer en su arte y a expresarse orgullosamente a través de él. La influencia nos llegó consciente o inconscientemente de maestros de la talla de los norteamericanos Edward Weston, Ansel Adams, Andreas Feininger, Carl Mydans, Ernst Haas; de europeos como Henry Cartier Bresson; de japoneses como Nob Fukuda; y otros.

Edward Weston en 1924 dijo “La cámara se debe usar para copiar vida, para rendir la esencia misma y la substancia de las cosas... no dejaré que pase ninguna oportunidad de copiar abstractos interesantes, pero siento que el acercamiento a la fotografía es a través del realismo.”

Un fotógrafo de vanguardia, George Obrenski, dice al respecto: “Tomar las imágenes de manera no objetiva es un alejamiento radical del recoger imágenes con la cámara. Pero yo siento que un fotógrafo, como artista, puede hacer lo que quiera con su ambiente.”

El japonés Nob Fukuda nos dice: “La gente ha estado buscando nuevas ideas y técnicas en la fotografía desde sus comienzos. En mi caso, encuentro que a través de la fotografía puedo convertir de fantasía a realidad las imágenes que visualizo casi todos los días.”

Yo comparto estos criterios y soy rabioso defensor de la libertad creativa. Para mí el artista debe tener toda la libertad que exista para expresarse con su obra.

Antes de terminar quiero decir que, refiriéndome a la cámara y al fotógrafo, hay una idea falsa, equivocada, pero corriente, de los que “dicen” que “lo que la cámara ha hecho por otros lo puede hacer por ellos”, como si el hombre detrás de la cámara y su sensibilidad no fueran la diferencia; es así como muchos han fracasado. Hay también aficionados tan fanáticos de la técnica que miran con desprecio a quienes no se preocupan por los mínimos detalles mecánicos. Se agotan tratando de alcanzar la excelencia técnica y no les quedan

energías para ocuparse de lo sustancial de la fotografía misma. Desde luego, son necesarios ciertos conocimientos técnicos. Pero nadie es realmente fotógrafo hasta que deja atrás las preocupaciones por aprender detalles técnicos y hace de la cámara que tiene en sus manos una verdadera prolongación de su ser. Ahí es donde verdaderamente empieza a actuar la fuerza creadora.

Termino citando a Man Ray:

“Siempre habrá aquellos que sólo buscan la técnica, que preguntan “cómo”, mientras otros —de naturaleza curiosa preguntan “por qué”. Siempre he preferido la inspiración por encima de la información.

